FRANCISCO RUIZ RAMÓN
(1930-2015)

El 23 de enero de 2015, en las afueras de Los Ángeles, el mensaje apareció en la pantalla y ensombreció el brillante día angelino.

Nuestro amigo Paco ha muerto.

Francisco Ruiz Ramón, teatrista, filólogo, crítico, historiador, hispanista sin fronteras de excepcional talento y extraordinario talante, dicho en una palabra, maestro, y querido colega y amigo, falleció rodeado de su familia dos días antes.

En los días siguientes la noticia se distribuyó a través de los listados profesionales de la red, y siguieron los pésames desde diversos partes del mundo. Una semana después se publicaron necrologías en periódicos españoles, hispanoamericanos y estadounidenses.

Seis meses más tarde, en julio, se presentó en Olmedo un libro de más de 800 páginas, *El patrimonio del teatro clásico español: actualidad y perspectivas. Homenaje a Francisco Ruiz Ramón*, que recogía las actas de las jornadas realizadas dos años antes en la Villa del Caballero. El volumen era comprehensivo, la digna culminación de extraordinario proyecto de recuperación y reivindacación patrimonial que se llama Patrimonio Teatral Clásico Español, Textos e Instrumentos de Investigación, mejor conocido por las convenientes siglas TC/12. La noticia de la defunción llegó a los editores cuando estaban en la redacción final de la colección, y sin dudar se acordaron en que el libro había de ser un homenaje a Francisco Ruiz Ramón. Es más, decidieron recuperar y publicar una entrevista, por alguna razón inédita, que Mar Zubieta tuviera con el homenajeado en Almería, en 2008, antes de que los efectos del Alzheimer comenzaran a extinguir las chispas que habían encendido e iluminado los más de cuarenta años de su carrera. Aquella entrevista es una verdadera joya, no solo porque capta los motivos y matices de sus ideas y proyectos, sino también su pasión.

Recuerda en la entrevista su juventud, sus estudios universitarios y el itinerario que lo llevó primero a Oslo, luego Puerto Rico, West Lafayette, Chicago y finalmente a Nashville, donde fue Centennial Professor of Spanish en la Universidad de Vanderbilt. Resume los planteamientos y conceptos fraguados por él que han pasado a ser fundamentos de la historiografía actual. Con humor y discreción recuenta anécdotas que descubren su talante como colega y como

investigador. Y confiesa su afición, y necesidad, de tertuliar, abierta y mutuamente, con sus alumnos acerca de ideas y proyectos y ponerlos a prueba.

A lo largo de la entrevista, el lector no deja de sentir el amor y el respeto que tenía por el teatro. Conocía su historia, comprendía su poesía, entendía las teorías y filosofías que plasmaba y problematizaba, y, con la distancia crítica que le había proporcionado su trayecto geográfico y cultural, reconocía con particular claridad los intereses institucionales y culturales que pueden influir la creación y la crítica del drama.

Como es obligatorio, la entrevista recuerda los hitos que perfilan su bibliografía y que avanzaron el estado de numerosas cuestiones, pero al leerla se me suscitaron gráficos recuerdos de tres momentos con Paco que de una manera u otra me dejaron huella.

En febrero de 1977 Paco vino invitado a la Universidad de Kansas para dar una conferencia pública sobre Calderón, y otra, especializada, a un seminario posgraduado.

La presentación pública fue brillante. Paco reiteró las líneas principales que había publicado anteriormente y agregó otros matices y novedades. El público de aquella conferencia quedó alucinado, y aun más los afortunados en el seminario, que fue sobre Valle-Inclán. La sesión de tres horas fue un verdadero encuentro de inteligencias. A los comentarios orientativos de Paco siguió una animada tertulia de dos horas. Esa noche hubo una recepción en mi casa. Comenzó con la típica cortesía, formalidad y protocolo, con los profesores en el centro y a un lado, y los estudiantes al otro. Pero después de un rato, y más de una copita, la tertulia de Paco y los estudiantes, y también otros profesores, continuó, más vivo y con mayor soltura que antes, y la conversación se abrió al teatro latinoamericano. Normalmente las recepciones académicas como esa, entre semana, terminaban ritualmente antes de las diez. Aquella noche Paco y el círculo estuvieron conversando hasta casi la medianoche. Sí que disfrutó con estudiantes.

Unos años después, a fines de 1983 en el congreso anual del Modern Language Association, en Nueva York, en una sesión organizada por la División de los Comediantes, se presentaron tres ponencias como siempre. Una se proponía replantear un tema de Mira de Amescua que Paco había desarrollado en su *Historia*. Al elaborar su tema, fundamentado en alguna teoría postestructuralista, la ponente, celosa y recién doctorada, comenzó a expresarse con un aire que era cada vez más desdeñoso, y cada vez menos fundamentado en el texto amescuano que en la teoría que quería ensayar. Paco estaba a mi lado, y se notaba irritado. No fue el primero en dirigirse a la mesa durante el tiempo de preguntas y comentarios, pero al pararse habló con mesura, y ofreció un comentario acerca de la obra y el tema dentro de su contexto histórico. Luego pasó a comentar la pieza *qua* teatro, como un acto discurrido ante un público durante un tiempo y dentro de un espacio. Finalmente resumió y reenfocó los argumentos de la teoría que la ponente había desarrollado, para llegar a conclusiones muy diferentes de los expuestos durante la comunica-

ción. Todo sin rencor, bien fundado y, huelga decirlo, convincente. No sé cómo Paco habría ventilado su irritación en la privacidad de su habitación en aquel hotel, pero esa tarde, de una manera inolvidable, refutó una conjetura, y avanzó el estado de una pequeña cuestión crítica.

También adelantó los estudios del teatro clásico al nivel institucional, como propulsor y miembro fundador, en 1991, de la Asociación Internacional de Teatro Español y Novohispano de los Siglos de Oro, conocido por el acróstico misericordioso AITENSO.

En 1976, como parte de la conmemoración bicentenaria de la independencia de los Estados Unidos, se organizó el primer Festival de Teatro del Siglo de Oro, realizado en El Chamizal, en la frontera entre El Paso y Ciudad Juárez. Además del ambicioso programa de espectáculos, hubo tres días de jornadas bilingües cuyo propósito era propiciar el estudio del teatro clásico en múltiples frentes. Paco estuvo presente en aquellas primeras sesiones de 1976, y en muchas ediciones que siguieron durante los años que siguieron.

En la república de las letras los 70 y 80, con el advenimiento de una plétora de teorías postestructuralistas, fueron años efervescentes. Esas corrientes se hicieron sentir también en los estudios del teatro clásico, y las jornadas anuales en El Paso se hicieron el punto y medio donde se ensayaban las nuevas propuestas críticas. Con el tiempo –quince años–, parecía que las teorías primaban sobre las obras, como el uso del inglés sobre la lengua original de las obras que se estudiaban. A Paco le parecía que se estaba perdiendo el norte del campo. Su percepción e inquietud era la misma sentida por otros participantes frecuentes en las jornadas de El Chamizal que querían reivindicar la primacía de los textos estudiados y de la lengua en que estaban escritos –mexicanos como Aurelio González, Ysla Campbell y Lillian van der Walde, americanos como Frank Casa, Antonio Carreño, David Gitlitz, Susana Hernández Araico, Robert Lauer y Arturo Pérez Pisonero, canadienses como Alfredo Hermenegildo, Teresa Kirschner, Berislav Primorac y Ricardo Serrano. No faltarían europeos que los secundaran, como Piedad Bolaños, Francisco Domínguez Matito, Agustín de la Granja, Alan Paterson, Maria Grazia Profeti, Margarita de los Reyes, Marc Vitse. Los esquemas que Paco había enumerado en sus libros fueron los que orientaron la formación, en 1991, de AITENSO. Estaban basados en la filología, pero admitían dosis liberales de teoría; apreciaban la poética y la ética del drama, pero nunca olvidaron que se trata de teatro; y sin desestimar la diversidad de perspectivas culturales con las que se leía el teatro clásico español, reivindicaban la lengua franca de nuestra comunidad crítica.

Las obras legadas por Francisco Ruiz Ramón permanecerán como una piedra de toque imprescindible y modelo, tanto por la claridad de su exposición como por la comprensión y profundidad de sus reflexiones. Ojalá permanezca asimismo el legado de su espirituosa pasión por el teatro, su clarividencia crítica, y su deseo de avanzar un hispanismo sin fronteras.

C. George Peale
California State University, Fullerton